

Siglo XX

Siglo XX pretende rescatar textos que nos parecen valiosos y que pertenecen a un pasado no tan lejano.

Porque muchas cosas ya han sido dichas y volver la mirada hacia ellas es una manera de reconocer su actualidad y homenajear a sus creadores, intelectuales inconformistas con su tiempo, que supieron mirar más allá de las caducas ideas del momento.

Categorías de la lectura

Hay categorías de la lectura, según que en la representación psicológica del lenguaje domine el orden articulatorio o el visual; según la penetración que la cultura haya alcanzado en los estratos del alma; según los hábitos adquiridos de leer para sí o para los demás, de leer por sí o de escuchar la lectura; según la mayor o menor presteza con que los oídos o los ojos comunican el mensaje al espíritu; según que la bella escritura, la bella edición o la bella voz impresionen más o menos por sí mismas, distrayéndonos más o menos del sentido de las palabras; según que seamos impacientes o dóciles, ante la momentánea abdicación de nuestras reacciones personales que significa este uncirse al pensamiento ajeno, etcétera.

El hombre rudo, que apenas desbroza el alfabeto, tiende a leer para sí en voz alta, como si quisiera aglutinar los signos más cabalmente, sujetando la atención verbal a la vez con los ojos y con los oídos. El que los modernos retóricos llaman verbo-motor lee en voz alta por el placer de hablar, y hasta cuando escucha a un orador se le ve, a veces, articular en silencio lo que oye. Conozco lectores que se acompañan con un suave silbido rítmico, al que van imprimiendo cierta modulación imitativa de la lectura en voz alta. Cuando Heine declamaba *El Quijote* para a los árboles y los pájaros, lo hacía más bien como quien rinde un tributo, o por no perder ninguno de los valores de la excelsa prosa. Cuando Sor Juana Inés de la Cruz se queja de no tener más compañeros que el tintero y la pluma para compartir sus estudios, sin duda echaba de menos esa mayor apelación a la retentiva que resulta de la lectura acompañada y que todos los estudiantes prefieren

para la preparación de los exámenes. Mestre Profiat Durán, israelita aragonés del siglo XIV, recomendaba a sus discípulos que leyesen siempre recitando. En cambio Théophile Gautier, visual si los hay, juzga que los libros están hechos para ser vistos y no hablados. Por su parte, Flaubert necesitaba berrear su propia prosa para percatarse de lo que escribía.

El hábito de la lectura en parejas ha dejado testimonios ilustres: Paolo y Francesca, Romeo y Julieta, Abelardo y Eloísa. En la novela de Walter Pater, Mario y Flaviano leían así *El asno de oro*. Y si pasamos de la ficción a la historia, los esposos Browning, tema que aparece en la *Lady Geraldine's courtship*, de Elisabeth; los padres de Leigh Hunt, que así acabaron por enamorarse;

Ruskin y su madre; Swinburne y Meredith; Rousseau y su padre; Madame de Sévigné y su hijo Carlos.

Shelley, con o sin auditorio, leía en voz alta. Plinio divertía a sus huéspedes con sus lecturas y Tomás Moro introdujo en Chelsea el hábito monástico de leer durante las comidas. Alfredo el Grande se hacía leer por sus secretarios siempre que se lo permitían

los negocios. En la generación del Centenario, practicábamos mucho la lectura en grupo, y en nuestras memorias queda el relato de aquella noche que consagramos al *Symposio*.

¿Hasta qué punto la preferencia de José Vasconcelos para los “libros que leía andando” respondía en él a una equivalencia ambulatoria de la declamación?

Es de creer que en la Antigüedad se leía normal-

“Para el profesional sin vocación, la lectura puede llegar a ser una tarea enojosa, como el teatro para el inspector de espectáculos o como para la cortesana las caricias”



mente en voz alta. Lang observa que el verbo griego para “leer” significa “leer en voz alta”. Todavía San Agustín se asombra de que San Ambrosio leyera para sí: “De leer en voz alta, los que por ventura lo escucharan empezarían a proponerle dudas sobre cualquier pasaje oscuro, obligándole así a explicarlo y a desperdiciar en esto el tiempo de que disponía para leer. O también puede ser que le moviera a ello el cuidado de su voz, que la tenía propensa a quebras continuas. En fin, cualesquiera fuesen sus razones, buenas habian de ser tratándose de varón tan prudente y sabio” (*Confesiones*, VI).

Tras esta evocación venerable, algunas consideraciones menores. El goce de la lectura se define, como todos, por el recuerdo, cómputo definitivo de los bienes acumulados. A esta luz, examinemos las categorías de lectores, entre aficionados y profesionales. Para el profesional sin vocación, la lectura puede llegar a ser una tarea enojosa, como el teatro para el inspector de espectáculos o como para la cortesana las caricias. Erudito conozco que se dispensaba de leer y se recorría todo un libro deslizando sobre las páginas una tarjeta en blanco en busca de las solas mayúsculas; más aún, en busca de la letra A: ¡es que trataba de despojar las citas sobre Ausonio! ¡Habladle a él de la amenidad de la lectura! Aquí, como siempre, el pleno disfrute se lo lleva la vocación. De la cual no excluyo –al contrario– al mero aficionado, este “nuevo rico” del espíritu que suele expresar muy a fondo los placeres que se le ofrecen. Verdad amarga que el deleite de leer, cuando no hay verdadero amor, disminuye conforme sube la categoría de los lectores. Veamos:

1º. Abajo está el sencillo pueblo. La lectura se le vuelve vida. El caballero encontró a la dama y a sus sirvientas llorando porque “hase muerto Amadís” (1). En horas robadas, el hombre humilde lee con fruición y se queda con la sustancia, con el asunto y con las mejores palabras: nada más. Puesto a la prueba del recuerdo, sólo ha conservado las esencias. Él no sabe el nombre del libro ni el nombre del autor, caso típico de la impresión humana que aún no llega a la literatura. “Has leído –dice– la historia de un paladín a quien se le moría el caballo todos los martes?” ¿Y hay nada más conmovedor que los campesinos iletrados que rodean en religioso silencio al lector del pueblo? ¿Ni un templo más noble de la lectura que aquellos talleres donde un hombre lee para cuarenta, mientras éstos, calladamente, plasman las vitolas del tabaco?

2º. Aquí aparece el lector de medio pelo, creación paradójica de la enseñanza primaria, cursada obligatoriamente y de mala gana. Ése ya recuerda los títulos de los libros, y aquí comienza a enturbiarse el gusto. A esta clase pertenecen los que andan por los



museos viendo, no los cuadros, si no los letreros de los cuadros, cuya supresión llegué a anhelar (2). A este lector se le han olvidado las peripecias; conserva los nombres, sustituye la posesión por el signo. Ha leído algo que se llama *Las dos ciudades* o *Las minas del Rey Salomón*; y a lo sumo, en su memoria, marca una cruz para indicar lo que le gustó, y una raya para lo que no logró interesarle.


3º. Ahora, el semiculto, el pedante con lectura, el anfíbio, el del “complejo de inferioridad”, el más atroz enemigo del prójimo, el que “pudo haber sido y no fue”, el resentido. Ése se acuerda de autores, no de libros. Él ha leído “un Ferrero” muy interesante y –¡claro!– “un Croce” que no lo era tanto. Y que no le hablen a él de Gide donde está Henri Béraud, de Juan Ramón donde está Villaespesa. A veces, el cronista profesional se recluta entre esta laya, mediante un leve proceso de especialización. Veinte repúblicas hermanas descargan todos los días sobre la playa del cuitado sus mareas de tinta fresca. Las torres de libros por reseñar llegan hasta el techo. De repente, entra el aficionado, radiantes los ojos, con un librito que le entusiasma y que, en su candor, se empeña en prestarle a su amigo el cronista, para que éste también pase un buen rato. El cronista lo mira con un rabioso disimulo de eunuco, condenado a pasar la vida entre hembras que no disfruta.

4º. Y ya al último viene el mal bibliófilo, flor de las culturas manidas; el que sólo aprecia ya en los libros el nombre del editor, la fecha de la impresión, la justificación, el colofón, los datos de la tirada, el formato, la pasta y sus hierros, el ex-libris, la clase de papel, la familia de tipos, etcétera. O acaso sabe el muy pícaro que la edición fue detenida a los tantos ejemplares para corregir una chistosa errata; y entonces hay que desvivirse en busca de un ejemplar con la errata, que es el bueno. Y por cierto que anda por ahí una *Biblia* donde al impresor se le escapó una mayúscula adornada con una Leda, palpitante entre las alas del cisne. ¿Qué decía la *Biblia* en aquel pasaje? Eso no lo hemos leído ni nos importa: lo que nos importa es la mayúscula. Al menos, hay que convenir en que esta clase de maniáticos se salva por su encantadora atención para la materia del libro, pues sin el amor de los objetos se cae prontamente en la barbarie. Gide ha confesado que le estorban para estudiar las ediciones hermosas. Y ya vemos en qué

paró: se deshizo un día de sus libros, sin que nada pueda persuadirnos a que lo empujaba la necesidad. No: era la aversión a las cosas placenteras, era la horrible "puerta estrecha".

Caso singular el de los apresurados que, con serlo, parecen poseer facultades excepcionales de asimilación. Van sobre el libro a las volandas y, sin embargo, no puede negarse que lo lean a fondo. Así Southey, así Napoleón en Santa Elena. De Macaulay se dijo que absorbía los libros por la piel. La leyenda llegó a creer que Menéndez y Pelayo se quedaba con el contenido de una página en un solo vistazo y hasta pasándole los dedos encima. Sterne se indigna contra estos tragones. Charles Lamb aun quiere una oración de gracias y una gradual preparación de ánimo antes de cada lectura. El Dr. Johnson decía que todo lo había leído apresuradamente en su juventud. Boswell piensa que todo lo rumió después lentamente a lo largo de los años. Y hay otros que, por obligación o por gusto, abren a la vez una novela, un periódico, un tratado de química, un ensayo filosófico, una revista de modas, al tiempo que califican varios ejercicios escolares.

A veces me ocurre que, sin cierto olvido de la utilidad, los libros no podrían ser apreciados. Disraeli (*Miscelánea*) ha puesto el dedo en el misterio cuan-

do llama al libro de Montaigne "breviario de los ociosos". Ahora bien, entregarse a esta receptividad absoluta, para no ahuyentar a la Eurídice que duerme entre las páginas, es cosa difícil. El libro, como la sensitiva, cierra sus hojas al tacto impertinente. Hay que llegar hasta él sin ser sentido. Ejercicio, casi, de faquir. Hay que acallar previamente en nuestro espíritu todos los ruidos parásitos que traemos desde la calle, los negocios y afanes, y hasta el ansia excesiva de información literaria. Entonces, en el silencio, comienza a escucharse la voz del libro; medrosa acaso, pronta a desaparecer si se la solicita con cualquier apremio sospechoso. Por eso Sir Walter Raleigh pensaba que, en cada época, sólo hay dos o tres lectores verdaderos (*Cartas*, I, 233). 

Alfonso Reyes

Tomado de: *La experiencia literaria*. Buenos Aires: Losada, 1952.

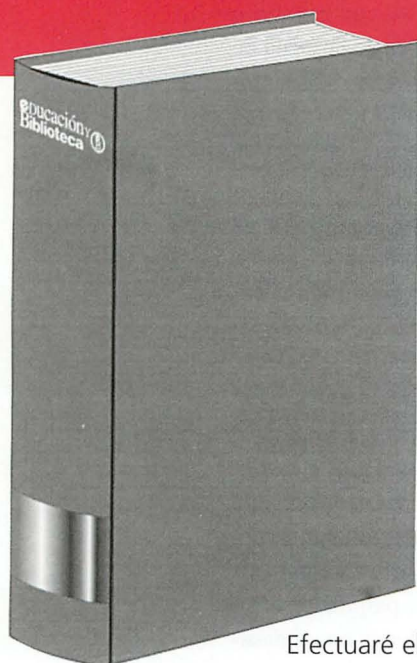
Il. de Ximena Maier tomadas de *Cuentos para leer y contar*. Madrid: Anaya, 2004



Notas

(1) Ver Alfonso Reyes, *La vida y la obra*, en *Tres puntos de exegética literaria*. México, 1945.

(2) Carta-prólogo de los *Cartones de Madrid*, en *Las vísperas de España*, Buenos Aires, 1937.

TAPAS PARA ENCUADERNAR UN AÑO COMPLETO DE EDUCACIÓN Y BIBLIOTECA



-  Con sistema especial de varillas metálicas que le permite encuadernar a usted mismo y mantener en orden y debidamente protegida su revista.
-  Cada ejemplar puede extraerse del volumen cuando le convenga sin sufrir deterioro.

Copie o recorte este cupón y envíelo a: **EDUCACIÓN Y BIBLIOTECA**
Príncipe de Vergara, 136- of. 2 - 28002 MADRID
También por fax al 91 411 60 60



Deseo que me envíen: Las TAPAS 8 €

Efectuaré el pago: Contrarreembolso, más 4,20* € gastos de envío Talón adjunto

Nombre Apellidos Tfno.

Domicilio Población

C.P. Provincia

Firma